

# Høgskolen i Telemark

Fakultet for allmennvitenskapelige fag

## **EKSAMEN**

## 2306

# LITTERATUR OG KULTUR I LATIN-AMERIKA OG SPANIA

# 13.05.2014

Tid

4 timer (9-13)

Målform:

Spansk

Sidetal:

13 (inkludert denne/including this)

Hjelpemiddel:

Ordbok (Fra spansk og til ulike språk)

Merknader:

Vedlegg:

2

Sensuren finner du på StudentWeb.

# Skriftlig eksamen i Litteratur og kultur i Latin-Amerika og Spania 2306

# 13. mai 2014

Faglærer: Katrine Utgård

Parte 1: 25%	Parte 2: 25%	Parte 3: 50%
Besvarelsen av denne oppgaven bør være ca. ¼ av hele besvarelsen.	Besvarelsen av denne oppgaven bør være ca. ¼ av hele besvarelsen. Du kan velge mellom tre ulike oppgaver. Besvar <u>én</u> av oppgavene.	Besvarelsen av denne oppgaven bør være ca. ½ av hele besvarelsen. Du kan velge mellom to ulike oppgaver. Besvar <u>én</u> av oppgavene.

Tillatte hjelpemidler: Ordbok (Fra spansk og til ulike språk).

## 2 vedlegg:

«La niña sin alas» av Paloma Díaz-Mas «La compuerta número 12» av Baldomero Lillo

Totalt: 12 sider.

### Parte 1:

A: Elige uno de los cuentos que has leido este semestre, que te parece ser un cuento que demuestra compromiso social. Describe por qué es un cuento comprometido.

#### Parte 2:

Elige una de las tareas.

A: Reflexiona sobre la forma de narrar el cuento "La niña sin alas" de Paloma Díaz-Mas.

**B**: ¿A qué género literario pertenece el cuento "La compuerta número 12" de Baldomero Lillo? ¿Por qué?

C: Compara los cuentos "El monte de las ánimas" de Gustavo Adolfo Béquer y "Espantos de agosto" de Gabriel García Márquez.

#### Parte 3:

Elige una de las tareas.

A: Crónica de una muerte anunciada de Gabriel García Márquez

Explica cuál es la razón por la que los hermanos Vicario matan a Santiago Nasar. Con esta novela, ¿qué crítica quiere hacer el autor?

B: Algún amor que no mate de Dulce Chacón

Hay tres mujeres importantes en esta novela. ¿Qué rol desempeñan en la novela? ¿Qué crítica quiere hacer la autora con esta novela?

#### La niña sin alas

#### PALOMA DÍAZ-MAS

"Había una vez un tiempo en que los hombres no tenían alas."

Así empezaban todos los cuentos que me contaba mi madre cuando yo era niña: remitiéndose a una época antigua y tal vez mítica en que los hombres no habían adquirido aún la capacidad de volar. A mi me gustaba mucho oír aquellas historias, y le pedía que las repitiese una y otra vez, aunque ya me las sabía de corrido: la de aquel héroe desalado que, a falta de alas propias, se construyó unas de cera y plumas de aves; pero, al volar cerca del sol, la cera se derritió y él cayó al mar y se ahogó. O aquel otro que inventió un artilugio de lona y madera para, arrojándose desde lo alto de las montañas, planear sobre los valles de su país aprovechando las corrientes de aire cálido: una cosa que hoy en día todos hacemos en forma intuitiva, pero que así contada me parecía nueva e inusual, como si yo misma acabase de descubrir un fenómeno tan cotidiano que hoy nos pasa inadvertido.

Lo que jamás pensé mientras oía los cuentos de mi madre es que alguna vez yo misma llegaría a sentir como propia y cercana la carencia de alas y que aquel mito de los hombres mutilados acabaría habitando junto a mí.

Nunca tuve una gran vocación por la maternidad. Recuerdo que, de adolescentes, muchas amigas mías hacían planes ilusionados con respecto al momento en que se convertirían en madres; parecía que no tuviesen otra vocación en el mundo y a mi me irritaban profundamente sus grititos de alegría, sus mohínes y morisquetas cada vez que veían un bebé: se apostaban junto a la cuna o el cochecito, empezaban a proferir gorjeos y arrullos de paloma y acababan pidiéndole a la madre que, por favor, les dejase arropar un momentito a la criatura entre sus alas. Y cuando, obtenido el permiso, se colocaban al niño sobre el pecho y lo envolvían entre sus plumas remeras, ponían tal cara de felicidad que yo no sabía si emprenderla a bofetadas con ellas, por bobas y pánfilas, o conmigo misma, por despegada e insensible. Verlas tan ilusionadas por algo que a mi me dejaba fría me hacía sentir mal.

Con el tiempo fui comprendiendo que ser madre no era ninguna obligación. Por eso, al filo de los cuarenta años, felizmente casada y situada profesionalmente, había renunciado a tener hijos, pero de una forma casi automática: sencillamente, la maternidad no entraba en mis planes. Entonces supe que me había quedado embarazada.

Desde el principio, a mi marido y a mí nos extrañó la solícita preocupación del médico, su insistencia en someterme a pruebas y análisis, en repetir algunos de ellos alegando que no veía claros los resultados. Parecía que algo no iba bien y, en efecto, así era: estaba yo en el inicio del tercer mes de embarazo cuando el doctor nos convocó en su despacho y nos dio las noticias. La primera, que el bebé era una niña; la segunda, que toda probabilidad naciera sin alas.

Me ofrecieron la posibilidad de **interrumpir** el **embarazo**, pero no quise. Yo, que nunca me había sentido **atraída** por la idea de ser madre, amaba ya a aquella niña desconocida, aun **a sabiendas** de que sería un **lastre** para toda mi vida. Pero era ya mi hija y por nada del mundo quería renunciar a ella.

El parto se dio bien, fue sorprententemente fácil. Parecía como si aquella criatura mutilada llegase llena de ganas de vivir y como si la fuerza que debería tener en sus alas inexistentes se hubiera localizado en otras partes del cuerpo, especialmente en las extremidades: ya durante el embarazo me sorprendió el vigor de sus patadas en el vientre y todo el personal que asistió al parto pudo notar la fuerza que hacía la criatura con brazos y piernas.

Cuando me la trajeron, envuelta aún en sangre y grasa, para ponérmela sobre el pecho, yo la estreché entre mis alas cansadas y noté lo cálida que era su piel desnuda. Me pareció la niña más hermosa del mundo, toda rosada y limpia, sin el lanudo de plumón frío y enmarañado que suelen tener los recién nacidos. Aquella desnudez me conmovió tanto que pensé por un momento que la humanidad, desde que tiene alas, ha perdido la calidez del contacto de piel sobre piel, porque siempre se interponen las plumas ásperas y llenas de polvo. Y quién sabe si al ganar alas no hemos perdido otras muchas cosas, dulces y suaves como la piel desprotegida.

Desde aquel día, la niña fue el centro de mi vida. Los primeros meses no resultaron problemáticos: al fin y al cabo, un bebé normal tiene las alas tan **débiles** que no puede volar ni servirse de ellas para ningún otro **menester**, así que mi hija parecía casi normal. Comía bien, dormía a sus horas, empezó muy pronto a conocernos, a sonreír y hacer gorjeos. Cuando veía que me acercaba a su cuna, en vez de **extender** las alas me echaba los brazos, pidiéndome que la cogiera. **Salvo** por ese detalle, en nada se diferenciaba de cualquier otra niña de su edad.

Naturalmente, el paso de los meses fue poniendo de manifiesto la diferencia. Entre los ocho y los diez meses lo normal es que un niño ya se ponga en cuclillas o arrodillado, despliegue las alas y comience a batirlas, preparándose para el primer vuelo. En vez de eso, mi niña se sentaba y se balanceaba adelante y atrás, o se apoyaba en las rodillas y las palmas de las manos e intentaba andar a cuatro patas, como los perros o los gatos. Mi marido se ponía enfermo cuando la veía hacer eso: decía que parecía a un animal. Otros familiares me sugirieron que la atase a la cuna para quitarle ese vicio. Yo no quise de ninguna manera: defendí su derecho a ser diferente, a expresarse y moverse de forma distinta a como lo hacemos nosotros, a como lo hacían todos los demás niños. "Si no tiene alas, de alguna forma tiene que moverse, ¿no?", les decía yo a todos. Pero nadie entendía: me decían que debía acostumbrarla a moverse como los otros niños, que de mayor quizás podría suplir su carencia con unas alas ortopédicas, que si era distinta no podíamos fomentar lo que fuese cada vez más. Los enfrentamientos se hicieron progresivamente más violentos con todo el mundo: con mi marido, con los familiares, con los amigos. Nadie quería entender que si la niña era diferente, resultaba lógico que lo hiciera todo de diferente manera.

Un día descubrí algo nuevo y maravilloso. Yo había visto en **grabados** y cuadros antiguos que, en los tiempos de los hombres sin alas, las mujeres solían tomar en brazos a sus hijos, en vez de acogerlos entre las **escápulas** y las plumas remeras, como hacemos hoy. Recuerdo que era una tarde de invierno, estaba sola con mi hija y la niña **reptaba** por la alfombra del salón; en un momento determinado se sentó en el suelo y me **tendió** los bracitos. Y yo, guiada por un impulso incontrolado, también extendí los brazos hacia ella y la tomé, la levanté **en vilo** y me la puse sobre la **falda**. No puedo explicar la **dulzura** que me invadió entonces: tenía a mi hija en el **hueco** de mi **regazo** y mis brazos la **enlazaban** por la derecha y por la izquierda; y, lo que resultó más sorprendente, ella me imitó, enlazó sus bracitos en torno a mi cuerpo y así estuvimos las dos mucho tiempo, en esa postura nueva y nunca usada, una frente a otra, cuerpo contra cuerpo, ella sin alas y yo con las mías apartadas hacia atrás, unidas únicamente por nuestros brazos entrecruzados.

Desde entonces, adquirí la costumbre de cogerla siempre de aquella manera. Al principio lo hacía a escondidas, en parte por vergüenza y en parte porque no quería provocar más discusiones con mi marido, que cada vez aceptaba peor a nuestra hija; pero pronto empecé a tomarla de aquella forma en cualquier momento, en casa, y luego no me importó hacerlo en público. Las primeras veces me costaba muchísimo trabajo alzar a la criatura hasta mi falda, pero poco a poco mis brazos se fueron fortaleciendo a fuerza de repetir ese movimiento, e incluso yo diría que llegaron a tornearse de forma indiferente, como si algunos de los músculos se desarrollasen y moldeasen para adecuarse a aquella postura. En las largas horas con mi niña en brazos entendí por qué los cuadros antiguos que representan el tema de la maternidad emanan esa ternura para nosotros inexplicable y no nos suscitan el rechazo que sería normal, al tratarse de escenas entre seres mutilados: la madre que sostiene a su hijo en los brazos se comunica con él tan intensamente o más que la que lo arropa entre sus alas. Aunque, naturalmente, las pocas veces que me atreví a manifestar semejante opinión todo el mundo bajó la cabeza y guardó el silencio que siempre sucita la lástima por una desgracia ajena.

Dejé el trabajo y me volqué en la niña cada vez más. O tal vez se volcó ella en mí, porque lo cierto es que me descubrió un mundo nuevo, un mundo a ras de tierra. En vez de volar, reptaba por el suelo; luego empezó a ponerse de pie y dar pasitos, avanzaba agarrándose a los muebles y lograba desplazarse de esa manera por toda la habitación; cuando le faltaba un punto de apoyo, caía de bruces y se apoyaba en las palmas de las manos. Algo muy distinto a lo que hacen los demás niños, que aprenden primero a volar y luego, cuando ya tienen las alas lo suficientemente fuertes, comienzan a andar; de esa manera las alas les sirven de paracaídas en sus primeros pasos y, cuando se sienten caer, no tienen más que desplegarlas. Mi niña, en cambio, aprendió a andar mucho antes de lo habitual y, lo que era más sorprendente, sabía hacerlo sin ayuda de las alas: era asombroso ver como se la ingeniaba para guardar el equilibrio en una postura dificilísima, con la espalda recta y sin más contrapeso que los movimientos de los brazos y la cabeza. Parecía inverosímil verla sostenerse así, avanzar bamboleándose pero sin caer y salvarse, cada vez que tropezaba, echando adelante los brazos para amortiguar el golpe.

Me acostumbré a echarme en el suelo para estar con ella. Mi marido se indignaba al verme así, tumbada boca abajo sobre la alfombra, con las alas plegadas como las de una mariposa, apoyándome en los codos para jugar con mi hija. Pero a mí me gustaba ver las cosas desde allí abajo, como ella las veía, sin la posibilidad de alzar el vuelo y colocarse en lo alto del armario o mirar la habitación desde una esquina del techo. Y poco a poco me acostumbré a no volar.

Los amigos y la familia me decían que volase, que hiciese vida normal, que saliese más a la calle, que me estaba **enterrando** en vida. Pero yo no les oí; era completamente feliz.

Mi marido pasó por varias fases, de la indignación al aburrimiento. Cuando la niña cumplió dos años apenas nos hablámos, casi ni coincidíamos en casa: él siempre tenía mucho trabajo y sólo aparecía, malhumorado, los fines de semana; los días de diario volvía a casa tan tarde que se deslizaba a oscuras entre las sábanas, creyéndome ya dormida. Pronto empezó a tener trabajo también los sábados. Y luego, viajes de negocios los fines de semana. Entonces volvió a estar de buen humor y yo supe lo que pasaba, pero no dije nada: no estaba dispuesta a que mi hija se criease sin la figura de un padre, aunque fuese meramente simbólica. Una niña así necesita toda la protección que se le pueda dar.

Con dos añitos casi hablaba de corrido; era una niña extraordinariamente **despierta** y yo me sentía **orgullosa** de ella. Pero poco después empezó mi angustia.

El primer indicio lo tuve una noche, mientras la bañaba. Le estaba **enjabonando** la espalda y de repente noté una pequeña asperza a la altura del **omóplato** izquierdo. La examiné, pensando que quizás se había **herido**: sólo vi una pequeña rojez y no le di mayor importancia.

A los pocos días, las rojeces eran dos, colocadas simétricamente a los dos lados de la espalda. Al tacto se notaba una minúscula dureza bajo la piel. Me asusté mucho, pero no quise llevarla al médico y me limité a aplicarle una crema cicatrizante. Al cabo de una semana la cosa iba peor: las durezas habían crecido y eran ya dos bultitos como dos flemones, hinchados y al parecer dolorosos al tacto, porque la niña se quejaba cuando ya pasaba el dedo por encima de su superficie.

Le puse un **apósito** con más crema cicatrizante, pero no surtió efecto; le cambiaba los apósitos dos veces al día y los bultos seguían creciendo. Entonces tomé **vendas** y **esparadrapos** y le vendé todo el **tórax**, procurando que estuviese firme pero no demasiado **apretado**. Por fortuna era invierno y nadie notó los vendajes, ocultos bajo las ropas abrigadas de la niña.

Tampoco esto surtió efecto. Los bultos eran cada vez más grandes y más duros, como un hueso saliente que amenazase con rasgar la piel. No sabía qué hacer ni a quién acudir.

Hasta que sucedió lo que tenía que pasar. Una mañana fui a levantarla de su cama y la encontré boca abajo, en contra de su costumbre. Bajo las ropas de la cama se marcaba un bulto sospechoso y supe lo que era antes de levantar las sábanas.

Allí estaban: incipientes pero lo suficientemente bien formadas como para que no hubiese ninguna duda. Durante la noche habían brotado, rasgando la piel, y la sabanita de abajo estaba ligeramente manchada de sangre. Se me vino el mundo abajo.

Supe que sólo podía hacer una cosa. Levanté a mi hija en brazos, le desnudé el torso y mordí con toda la fuerza que me daban la rabia y la desesperación. Me llenó la boca un sabor asqueroso a polvo y ácaros: parece mentira la cantidad de porquería que pueden aculumar unas alas en sólo una noche.

A la niña no pareció dolerle. Quizás sólo sintio una ligera **molestia**, porque lloró un poco y se calmó enseguida. La llevé al cuarto de baño, le hice una cura rápida y logré cortar la hemorragia, desinfectar la herida y venderla.

Estuvo unos cuantos días con los vendajes, que yo cambiaba con frecuencia. Cada vez que se los quitaba, examinaba el progreso de la herida. Vi con alivio que **cicatrizaba** pronto y bien y a las pocas semanas estuvo cerrada del todo.

Ahora no se le nota apenas. Únicamente tiene una ligera cicatriz invisible, que sólo puede apreciarse al tacto si se pone atención o se va sobre aviso. Ha vuelto a ser la niña que era y yo sigo entregada a ella. A quienes me dicen que me estoy entarrando en vida, que debería volver a trabajar, que he perdido a mi marido, que no puedo atarme a la niña de esta forma, les contesto que estoy contenta con lo que hago y que la obligación de una madre es sacrificarse por su hija.

## La compuerta número 12

**BALDOMERO LILLO** 

Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus pies le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y a sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra las hendiduras y partes salientes de la roca: una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto.

Pasado un minuto, la velocidad disminuyó bruscamente, los pies **asentáronse** con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con un áspero **rechinar** de **goznes** y de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la **mina** no empezaba aún. De la galería bastante alta para permitir al minero **erguir** su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de **gruta** excavada en la roca. Del techo **agrietado**, de color de **hollín**, colgaba un **candil** de hoja de lata cuyo **macilento** resplandor daba a la estancia la apariencia de una **cripta** enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro **surcado** por profundas **arrugas**. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:

-Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo **endeble** del muchacho. Sus delgados miembros y la infantil inconsciencia del moreno rostro en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de **medrosa bestezuela**, lo impresionaron desfavorablemente, y su corazón endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa **sacudida** a la vista de aquel **pequeñuelo** arrancado de sus juegos infantiles y condenado, como tantas infelices criaturas, a **languidecer** miserablemente en las humildes galerías, junto a las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se **suavizaron** y con fingida **aspereza** le dijo al viejo que muy inquieto por aquel examen fijaba en él una ansiosa mirada:

- -¡Hombre! Este muchacho es todavía muy débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?
- -Sí, señor.
- -Pues debías tener lástima de sus pocos años y antes de enterrarlo aquí enviarlo a la escuela por algún tiempo.

-Señor -balbuceó la voz ruda del minero en la que vibraba un acento de dolorosa súplica. Somos seis en casa y uno solo el que trabaja, Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganar el pan que come y, como hijo de mineros, su oficio será el de sus mayores, que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz **opaca** y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos **imploraban** con tal insistencia, que el capataz vencido por aquel mudo ruego llevó a sus labios un **silbato** y arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyose un rumor de pasos precipitados y una oscura silueta se dibujó en el **hueco** de la puerta.

-Juan -exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recién llegado -lleva este chico a la compuerta número doce, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

Y volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole con tono duro y severo:

-He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimum diario que se exige a cada **barretero**. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso **darte de baja** para que ocupe tu sitio otro más activo.

Y haciendo con la diestra un ademán enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más atrás con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos; cada día se acercaba más el fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. El balde desde el amanecer hasta la noche durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha labor, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable, que tantas generaciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz y sin tregua convertía muy pronto en viejos decrépitos a los más jóvenes y vigorosos. Allí en la lóbrega madriguera húmeda y estrecha, encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y, como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vista de la vara, los viejos mineros cada mañana sentían tiritar sus carnes al contacto de la vena. Pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y la espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora, y la veta entera acribillada por mil partes por

aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella dirección, y en el suelo arrimado a la pared había un bulto pequeño cuyos contornos se destacaban confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años acurrucado en un hueco de la muralla.

Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que **traspusieron** el **umbral** y lo dejaron de nuevo sumido en la obscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos tal vez, en la contemplación de un panorama imaginario que, como el miraje del desierto, atraía sus pupilas **sedientas** de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del día.

Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que abogó para siempre en él la inquieta y grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de execración acerbo por el egoísmo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño después de caminar algún tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre de cuya techumbre caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron por fin delante de la compuerta número doce.

-Aquí es -dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en una roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las **gorras** de **cuero**, apenas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se explicaba ese alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, después de cambiar entre sí algunas palabras **breves** y rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad y **empeño** el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió y cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre que temía que las fuerzas de su hijo no **bastasen** para aquel trabajo.

El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculta cabellera de su primogénito, quien hasta allí no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecíale a veces que estaba en un cuarto a oscuras y creía ver a cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol, y aunque su inexperto corazoncito no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos y caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza.

Una luz brilló a lo lejos en la galería y luego se oyó el **chirrido** de las ruedas sobre la vía, mientras un **trote** pesado y rápido hacía **retumbar** el suelo.

- -¡Es la corrida! -exclamaron a un tiempo los dos hombres.
- -Pronto, Pablo -dijo el viejo-, a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño con los **puños apretados** apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja que **cedió** lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso y **jadeante**, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros se miraron satisfechos. El **novato** era ya un portero experimentado, y el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle **zalameramente**: él no era ya un **chicuelo**, como los que quedaban allá arriba que lloran por nada y están siempre cogidos de las **faldas** de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a quien había que tratar como tal. Y en breves frases le dio a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues había en la mina muchísimos otros de su edad, desempeñando el mismo trabajo; que él estaba cerca y vendría a verlo de cuando en cuando, y una vez terminada la **faena** regresarían juntos a casa.

Pablo oía aquello con espanto creciente y por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entonces no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él. El giro inesperado que tomaba lo que creyó un simple paseo, le produjo un miedo cerval, y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre y a sus hermanos y de encontrarse otra vez a la claridad del día, sólo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un "¡vamos!" quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían, y el "¡vamos, padre!", brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el **rostro** del viejo minero; pero al ver aquellos ojos llenos de lágrimas, **desolados** y **suplicantes**, levantados hacia él, su naciente cólera **se trocó** en una piedad infinita: jera todavía tan débil y pequeño! Y el amor paternal **adormecido** en lo íntimo de su ser **recobró** de súbito su fuerza **avasalladora**.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajos y sufrimientos, se presentó de repente a su imaginación, y con honda **congoja** comprobó que de aquella labor inmensa sólo le **restaba** un cuerpo exhausto que tal vez muy pronto **arrojarían** de la mina como un **estorbo**, y al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese monstruo **insaciable**, que arrancaba del **regazo** de las madres los hijos apenas crecidos para convertirlos en esos **parias**, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo y las caricias de la roca en las **inclinadas** galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelión que empezaba a **germinar** en él se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrientos y desnudos de los que era el único sostén, y su vieja experiencia le demostró lo insensato de su **quimera**. La mina no soltaba nunca al que había cogido, y como **eslabones** nuevos que se sustituyen a los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo los hijos sucedían a los padres, y en el

hondo pozo el subir y bajar de aquella marca viviente no se interrumpiría jamás. Los pequeñuelos respirando el aire **emponzoñado** de la mina crecían **raquíticos**, débiles, **paliduchos**, pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con resuelto ademán el viejo desenrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte y a pesar de la resistencia y súplicas del niño lo ató con ella por mitad del cuerpo y aseguró, en seguida, la otra extremidad en un grueso perno incrustado en la roca. Trozos de cordel adheridos a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La criatura medio muerta de terror lanzaba gritos penetrantes de **pavorosa** angustia, y hubo que emplear la violencia para arrancarla de entre las piernas del padre, a las que se había asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y **clamores** llenaban la galería, sin que la tierna víctima, más **desdichada** que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba tenían acentos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Mas, aquel desfallecimiento sólo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante, y escuchó: una vocecilla tenue como un soplo clamaba allá muy lejos, debilitada por la distancia:

#### -¡Madre! ¡Madre!

Entonces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vagido, y no se detuvo sino cuando se halló delante de la vena, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira y, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándose con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire y de libertad.

(Subterra, 1904)